LA PROTESTA

PORTE PAGO

Núm. 3870. Año XXIV | Buenos Aires, 29 de Mayo de 1921 | Precio del ejemplar $ 0.10

EL MOMENTO

LOS VERDADEROS REVOLUCIONARIOS FRENTE A LA DEFECCION DE LOS PROPIOS COMPAÑEROS Y A LA PROVOCACION CAPITALISTA DEBEN ESTRECHAR FILAS

Una grandísima desorientación, un desconcierto lleno de confusiones y de nebulosas han entrado a batir la solidez de nuestras convicciones y nuestras fuerzas. La idea de revolución es combatida por propios y extraños; entre los elementos que creíamos afines y que desertan en los momentos de mayor peligro, obra la mala fe. En nombre de una fantástica unidad del proletariado, ahondan las divergencias doctrinarias que alejaban a los grupos revolucionarios; nos parece verosímil que se trabaje esa utopía descabellada, con el propósito exclusivo de simular la deserción de las filas de la revolución. Pero, obedezca a principios de sinceridad o a incalificables artimañas la obra de división y de discordia que corroe nuestras fuerzas combativas, lo cierto es que la confusión existe, que el desconcierto es una realidad y que el fraccionamiento de los anarquistas es un desastre sin medida para la revolución.

Presentimos la defección de compañeros que estimábamos excelentes soldados de la vanguardia rebelde, y lo peor del caso es que no se conforman con irse de nuestro lado, con abandonar su puesto, sus ilusiones de un día, sus entusiasmos de un momento; lo peor del caso es que su defección arrastra incautos y siembra más la discordia que nos aparta ya, confunde más la armonía que debiera existir entre los verdaderos revolucionarios.

Por su parte el capitalismo inició su campaña de asesinatos y de terror contra los obreros organizados y contra nosotros mismos; latente aún la indignación causada por la masacre de Gualeguaychú, se producen los sucesos del puerto y se conmemora la tradición de Mayo con el asalto al local de los chauffeurs. Se difunden a los cuatro vientos anuncios de sangrientas represalias; los trabajadores necesitan de nuestro estímulo y nuestra defensa y la dolorosa discordia que nos aparta y debilita entraña el peligro de no poder cumplir dignamente con nuestras obligaciones en este momento de prueba.

Por eso concitamos a todos los revolucionarios sinceros a la unión, a deponer mezquinos personalismos, a olvidar ridículas prevenciones, para estrechar filas y hacer frente con la intransigencia y la entereza a los desertores, a los que pretenden llevar la colectividad anarquista por caminos que sólo deben transitar los claudicantes y los tránsfugas y para oponer a las constantes provocaciones y agresiones de la canalla reaccionaria una resistencia eficaz.

Llamamos a la concordia por la revolución y por la anarquía, a todos los anarquistas que quieran seguir fieles a la causa revolucionaria. Combatidos por propios y extraños, ningún momento más oportuno que éste para ofrecer el espectáculo de la sólida agrupación de nuestras fuerzas.

Chimangos y buitres

La guerra es un crimen colectivo; todos los que intervienen en élla, directa o indirectamente, son criminalés. Esto que está probado y demostrado, ya no hay razón para discutirlo.

Para suavizar esta verdad científica y procurar justificar lo injustificable, dieron en argumentar que «la guerra es un mal necesario». Pero que de ese crimen sean responsables todos los que en él intervienen, no quieren «convencerse» los pillos, ni algunos tontos que todavía no han recibido suficientes porrazos.

Esta última sangría que ha sufrido la humanidad, y que ha sido capaz de convencer hasta a los habitantes de Saturno, no ha tenido bastante elocuencia para nuestra desgraciada especie. Todavía pretende que hay criminales responsables y otros que no lo son. Así al menos, lo entienden los aliados y aliadófilos.

Es un medio bastante cómodo de escurrirle el bulto a la justicia popular que en no lejano futuro levantará su tribunal sobre el mundo para juzgar a los «vivos»... y a los vividores.

Los aliados y sus voceros y corifeos, pretenden responsabilizar de la hecatombe universal a los gobiernos, diplomáticos y militares que fueron de los imperios centrales. Desde que esos países, exhaustos y minados por la revolución, pusieron fin a la guerra de trincheras, se les declaró la guerra diplomática de la responsabilidad; los chimangos de la «entente», volando sobre el cadáver del enemigo vencido, en numerosa bandada, dieron comienzo, con su gritería, a una farsa tan maligna como la misma guerra que fomentaron antes.

— «¡Hay que juzgar a los culpables!» — gritó la bandada, y aún continúa gritando. Los buitres de los imperios centrales, que conocían las mañas de sus adversarios y que habrían hecho otro tanto en caso de haber triunfado éllos, huyeron desbandados a refugiarse donde podían. Pero los chimangos han llevado su gritería hasta los más apartados rincones del mundo, y los buitres, acosados, ya no encuentran roca en que posarse a donde el chirrido de los chimangos, como el ojo de caín no los aturda y los obligue a marchar con las garras y el pico ensangrentados.

Los culpables de la guerra deben comparecer ante sus tribunales, alegan los aliados, y para eso exigen la entrega de los sindicados a cualquier país que los esté amparando.

Y es curioso ver cómo estos chimangos, que se abrogan el derecho de pacificar el mundo, pretenden ser juez y parte a la vez en un asunto claramente jurídico. Ellos son acusadores y éllos pretenden juzgarlos, desconociendo así el espíritu de los mismos códigos que quieren aplicar.

¿Quién vá a creer en la sinceridad de estos sendos fasificadores, de estos presuntuosos heraldos de la armonía universal? ¿Cómo no vamos a poner en duda que los aliados no sean portadores de la justicia, sí, aparte que son tan responsables como los otros, se erigen nuevamente en asesinos del derecho? ¡Y con cuánta desfachatez ventilan el asunto de las responsabilidades! ¡Cómo si le hablaran a un mundo de idiotas!

Por fortuna no todos siguen en tropel tras la charanga con que los filibusteros de Europa occidental y América tratan de atraer a los pueblos en su favor. El proletariado de todos los continentes se agrupa en torno a la bandera del derecho y prepara la revolución que ha de acabar con los chimangos y los buitres, para alivio de la humanidad.

Por los crisoles de la revolución deberán pasar todos los responsables de la guerra, así como los instrumentos del crimen con que están acostumbrados a asolar el mundo.

———o———

Lógica anarquista

Nada más sencillo, nada más natural y espontáneo que al presentarse a nuestra crítica intelectual cualquier doctrina, sea cual sea, raciocinemos sobre las bases y argumentos en que se funda, y deduzcamos según el alcance de nuestro entendimiento la verdad o el error, la conveniencia o la aberración de sus enseñanzas.

Raro es el hombre que se abandone a las teorías de una idea, sin antes analizarlas detalladamente, porque raro es aquél que carezca de lógica buena o mala para no hacerlo.

Ahora de que muchos se entreguen en brazos del error aún conociéndolo, no importa para el caso nuestro, como tampoco de que muchos lo sigan sin darse cuenta, obcecados por la sugestión, o arrastrados por la fuerza bruta.

Nuestro objeto es por el momento detenernos breve rato sobre el tan méntado ideal anarquista, escudriñar y conocer el alcance de su lógica fundamental y emitir nuestro juicio.

Y para esto necesario es ante todo saber qué es Anarquía, y después cual sea su objeto y cuales sus fines. Plansea su objeto y cuales sus fines. Planiteado así nuestro tema examinémoslo por partes.

La anarquía es el derecho que tiene todo hombre de procurar por la emancipa-colectiva sinviéndose de los medios que la justicia y la razón le sugieran.

Perfectamente, por la definición susodicha no se deja de entrever la excelencia y bondad que entraña esa idea, cual es la de labrar la felicidad de los individuos y consecuentemente de la humanidad entera.

Ahora bien, el hombre para mejorar su condición, debe naturalmente acudir a los medios que le aseguren un éxito féliz en su empresa, y este es el verdadero objeto del anarquismo: — enseñar a las masas cuales sean las medidas a tomarse y las reglas a seguirse para alcanzar la meta indicada.

La justicia y la razón son sus guías, y su fin no puede ser ni más hermoso ni más excelente, pués es el bienestar por todos codiciado.

Esto no impide sin embargo que la maldad y las viles intrigas de los que todo lo tienen avasallado, descarguen sobre la Anarquía sus dardos malignos, procurando estirpar, si posible fuera, de raíz, una idea que es innata en el hombre.

Pobres tontos e ignorantes, sus furias se estrellarán como olas rugidoras sobre las rocas del derecho que nos asiste; mientras que la redención social avanzará firme y serena entre salvas, irradiando con sus rayos de vida los despojos del último tirano del pueblo.

De todas estas apreciaciones ¿qué podremos conjeturar respeto a la Anarquía?

No hay quién gozando de sano criterio no infiera sin vacilar como nosotros: Que es la tabla única de salvación a la que podemos con seguridad asirnos para triunfar del naufragio universal que hundirá a la perfidia y a esa caterva de fieras sedientas de la sangre del pobre y del obrero, que por otra parte fueron el pedestal de su encumbramiento y los instrumentos con que acumularon sus inmensas riquezas.

¿Y todavía habrá quién se detenga? Despierte ese infeliz de su letargo.

FLAUDELICH.

La próxima revolución rusa

I

El decreto del 26 de Marzo

El número de 7 de Abril de «Rosta-Wien», transcribe un corto artículo firmado por P. Pascal, en Moscú, comentando el significado y el alcance del decreto que dió el comité central ejecutivo del gobierno de los soviets, el 26 de Marzo.

Se trata de intensificar y reforzar las funciones sindicales; introduce reformas de tal naturaleza ese decreto, que P. Pascal no vacila ya en asegurar que «los sindicatos tienen en sus manos la casi totalidad de la organización del trabajo».

Por otra parte, miembros del Comité Central del Partido Comunista, como Preobranchenski, se pronunciaban desde 1920 por la abolición del comisariado del trabajo, que podrían substituir las organizacones profesionales perfectamente. No prevaleció en absoluto esta corriente de opinión, pero el decreto del 26 de Marzo marca un paso hacia la supresión del comisariado político del trabajo por la integración de las funciones sindicales con las nuevas tareas de regular las tarifas y la protección al trabajo y de la Sección económica, tareas que aumentan cada una considerablemente la influencia de las organizaciones sindicales en la producción y en la vida social.

La supresión absoluta del comisariado político del trabajo, implicaría la desaparición del partido comunista como factor de dirección en la construcción revolucionaria. Si los sindicatos hubiesen logrado la autonomía total, entonces nada quedaría que hacer a Lenin, el pontífice del comunismo, sino coadyuvar a la labor emprendida por las organizaciones profesionales. Aun de acuerdo a las teorías marxistas, la detentación de los elementos de producción y de transporte, el dominio de la actividad económica supone la hegemonía en la vida social. El Partido Comunista ruso, que se sostiene con el apoyo de los sindicatos, apoyo al principio de la revolución espontáneamente ofrecido y hoy regateado y condicional, desde que surgió en ellos la conciencia de su poder y de su misión, no podría mantenerse en pie, como partido director, un solo día si los sindicatos gozaran de independencia y de autodeterminación en todas las cuestiones referentes a la actividad económica. Por eso no tendrá efectividad la idea de Preobrachenski hasta que los bolcheviquis sean desalojados de la dirección revolucionaria, aunque la necesidad lleve a los dirigentes de la tercera revolución rusa a consultar más cada día la voluntad de los trabajadores organizados, a encomendarles funciones progresivamente más complejas y a ensanchar el radio de acción, sindical más y más.

El germen de la cuarta revolución rusa entra en un período de franco desarrollo.

II

Los sindicatos y la revolución de Octubre

El zarismo no dejó respirar un momento a los sindicatos obreros, ni aun a los más inofensivos; percibía en ellos un peligro para su estabilidad y los perseguía a muerte; el conato de organización de 1905 fué prontamente abatido por la autocracia; los obreros revolucionarios formaban en las filas de los partidos que conceptuaban afines con su modo de pensar; a lo sumo, los trabajadores de una fábrica creaban esa solidaridad tácita que andando el tiempo había de fundamentar los consejos de fábrica; pero el sindicalismo de la Europa occidental no logró arraigar en Rusia durante el reinado de los Romanoff; y los gobiernos del príncipe de Ivov y de Kerensky no los necesitaban para proseguir la vieja política burguesa. Solamente el advenimiento de los bolcheviquis estimuló la organización profesional realmente, porque estos revolucionarios traían el propósito de romper con la burguesía y detentar el poder en nombre del proletariado. Para esto era preciso que los organismos sindicales existieran y prestaran su asentimiento a la acción bolcheviqui, al mismo tiempo que se constituían en órganos ejecutivos de las resoluciones del gobierno.

La revolución de Octubre no encontró una masa trabajadora organizada que pudiera servir efectivamente de soporte a la dictadura del proletariado que se proponía esgrimir Lenin contra los contrarevolucionarios y la burguesía; fué necesario crear los sindicatos, fortalecerlos, estimular su constitución; construir en pocos meses, lo que la Europa occidental tardó medio siglo en construir. Los bolcheviquis no hubieran podido realizar su vasto programa revolucionario, sin la existencia de los sindicatos, y los sindicatos hubieran tardado muchos años en adquirir su actual solidez sin la ayuda de los bolcheviquis. Tal era el languedecimiento del sindicalismo ruso en tiempos de la revolución de Octubre, que los más fervientes bolcheviquis partidarios de él, hubieron de reconocer, como Schliapnikof, la conveniencia de instituir el comisariado del trabajo.

Por eso hemos defendido a Lenin y a sus amigos, en su oportunidad con tanto ahinco. Ellos representaban la revolución; los sindicatos no existían como fuerzas rivales; los anarquistas no eran, por su número, capaces de salvar a Rusia de la amenaza exterior y de la guerra civil que la agitaba. Hoy las cosas se presentan bajo otro aspecto; en el escenario de la revolución aparece el sindicato reclamando sus derechos y el eclipse de las figuras directrices del Partido Comunista; el auge del sindicalismo entraña la necesidad de una nueva revolución; con ella estaremos nosotros contra el Partido Comunista, como estuvimos con el Partido Comunista contra las otras fracciones, socialistas, burguesas y zaristas.

III

Las doctrinas bolchevikis y los sindicatos obreros

Las doctrinas de Lenin, Trotzky y Zinovieff, sobre los sindicatos son inaceptables por nosotros; lo que no podemos hacer es dejar de justificarlas en los primeros años de la Rusia de los soviets. La realidad rusa no permitió hasta ahora que se comienzan a definir en los sindicatos aspiraciones de autonomía, deducir la superfluidad del Partido Comunista. Lenin tuvo su razón de ser y prepara y condiciona el advenimiento de la cuarta revolución. Ossip-Lourié dice que Kerensky hizo posible la llegada de Lenin. Como se ve, el encadenamiento de los sucesos es ley universal.

Los bolcheviquis no profesan, en su mayoría, ideas sindicales que nosotros debamos respetar; tuvieron su época en Rusia y hoy van perdiendo terreno, en la justa medida que los sindicatos adquieren conciencia de su misión. El conflicto llegará a ser inevitable; la ideología de los sindicatos se encontrará frente a frente a la de los comunistas y el choque se producirá, puesto que no es de esperar el renunciamiento voluntario de los bolcheviquis a la dirección extrasindical de la revolución. Ellos creen que los sindicatos son órganos de la clase trabajadora que deben subordinarse a los partidos comunistas, o vanguardias políticas del proletariado revolucionario. Y esto es solamente posible en la primera fase de la organización gremial, en el período embrionario de los sindicatos; entonces sí, entonces los sindicatos pueden ser considerados como órganos de las diversas funciones económicas del Estado obrero y campesino timoneado por los comunistas, por el partido político del proletariado amorfo. Pero donde los sindicatos obreros adquirieron en el transcurso de sus luchas y de sus experiencias conceptos propios sobre el significado de la vida, de su misión revolucionaria y del porvenir que debe determinar su capacidad constructiva, ahí no caben los partidos comunistas directores, no son legítimos ni son necesarios.

Trotzky, en el IX Congreso del Partido Comunista Ruso, abogaba por la fusión progresiva de los sindicatos con las administraciones económicas del Estado sovietista, fundándose en la unidad del plan de acción económica, lo que a su entender salía fuera del radio del sindicato, y otros caracterizados bolqueviquis predicaban la integración de esas administraciones económicas por miembros de los sindicatos, a fin de poner a éstos en contacto con los problemas de la organización del trabajo, o sea de la producción.

Los bolcheviquis mantienen la ilusión de que son insustituibles y hablan, como de algo natural, de llevar hasta el completo desenvolvito de su programa, el timón de la vida rusa. Y si es cierto que no hay partido político que pudiera suplantarlos ventajosamente, no lo es que los sindicatos, fortalecidos por el número y la comprensión de los problemas de la economía comunista no sean capaces de superarlos en la dirección del nuevo orden de cosas.

Bukharin y Larin, por ejemplo, consideran al sindicato como una escuela de comunismo, intermediaria entre el Partido y la masa, un aparato para llamar a los trabajadores a lá vida activa, y una parte del aparato económico y político del Estado.

Significado de la cuarta revolución

En la acción que desarrollan los sindicatos obreros rusos está el germen de la cuarta revolución; la idea de que el sindicato debe sobreponerse al partido y de que éste es superfluo desde el instante que aquél tiene conocimiento de los problemas revolucionarios, gana terreno en la Rusia de los soviets.

Los bolshevikis no hacen sino forzadas concesiones a los sindicatos; el decreto del 26 de marzo fué obligado por las exigencias crecientes de la rivalidad que nace entre el partido político del proletariado y las organizaciones profesionales. Pero esto no impedirá que en el seno de esas organizaciones cobre fuerza la idea de suplantar a los bolshevikis en la dirección de la construcción comunista, como ellos hicieron con Kerensky y como Kerensky hizo con el príncipe de Lvov.

La revolución rusa va a entrar en una nueva etapa de vida.

D. Abad de SANTILLAN.

Bruno Canovi

El día 26 de este mes, falleció el camarada Bruno Canovi, asesinado por las mazorcas patrioteras. En el gremio de Chauffeurs, a que pertenecía, su muerte causó dolorosa impresión.

Sirvan estas breves líneas como expresión del dolor que ha producido la muerte de este compañero en el campo anarquista.

Resolución de un Congreso

En el II Congreso ordinario de la F. O. P. de Santa Fé, realizado durante los días 23 al 30 de abril ppdo., en Rosario, se aprobó por unanimidad una moción con respecto a la Confraternidad Ferroviaria, que es la siguiente: «Por su constitución eminente conservadora, por los casos concretos de traición a la causa obrera que todos los trabajadores conocen, el II Songreso ordinario de la F. O. P. de Santa Fé declara que la Confraternidad Ferroviaria es una sociedad amarilla y no debe ser admitida en el Congreso de Unificación».

La resolución tiene su valor, pero lo pierde ante lo limitada y reducida que es. Ese distingo que se hizo para con esa institución, no resuelve nada.

Si se empieza por seleccionar a los sindicatos con los que se quiere hacer la fusión, nos quedaremos tal como estamos. Los congresales habrían cho tabla rasa con la cuestión fusión, estado más acertados si hubieran hehaciendo extensiva esa resolución a to-

dos los sindicatos que están por la fusión, pero que siempre traicionaron los colflictos auspiciados por la F. O. R. A. C., o por sindicatos adheridos a la misma.

Quien acepte la fusión en principio, ha de hacerse estómago de cerdo, cerrar los ojos y tragar sin tomarle el gusto a todo lo que venga, como quien traga un purgante de sal inglesa.

Por eso nosotros, que no tenemos ese estómago como para aguantar ni digerir tanta inmundicia de esa que nos trae la fusión, optamos por la unificación de las fuerzas a base de absorción, como lo viene haciendo la F. O. R. A. C., con espléndidos resultados. Esta es la mejor y más práctica forma de unir a las falanges del trabajo, a las multitudes sufrientes y el más significativo medio de poder seleccionar y aislar a los dirigentes amarillos, que la F. O. R. A. traidora tiene diseminados por los sindicatos adheridos a ella.

Quienes aseguran que mediante la fusión es más facil la separación de los elementos traidores que militan en la red orgánica de la F. O. R. A. camaleónica, o se engañan a sí mismos o quieren engañar al proletariado que con buena fé llega a creer: que hecha la fusión se operará un saneamiento en todas las organizaciones obreras.

Todo esto equivale al más grande de los absurdos.

Toda fusión que se realiza entre fuerzas que lucharon con diferente orientación, como sucede en este caso, es un entierro de pasadas traiciones, es una amnistía a todos los traidores!

Hay miles de hechos que comprueban con toda claridad la exactitud de todo esto, pero quizá lo ignoren muchos trabajadores.

Reseñaremos brevemente alguno de esos hechos, que reflejen una expresión real.

Cuando el ex secretario Gonçalvez y el ex prosecretario Ferrer, ambos y respectivamente titulares de la F. O. R. A. Comunista, concurrieron en delegación al XI Congreso de La Plata, en representación de la F. O. R. A. Comunista, esta delegación propuso y recomendó a los congresales allí reunidos, el entierro de todo el pasado. Y efectivamente, así sucedió entre los congresales, Marotta y Cía. y los dos delegados de la F. O. R. A. Comunista. Estos dos camaradas que hasta ese día combatieron con dureza al jefe de la gavilla que traiciona al proletariado regional: Sebastián Marotta, le estrecharon fraternalmente la mano, quedando convertido desde ese momento Marotta, en un exelente compañero... de ellos.

Los que fuimos componentes de la ex Federación del Calzado, para llevar a cabo la fusión con la otra entidad similar (de oficio, no de orientación y conducta), tragamos toda cuanta traición se nos había hecho.

Aquellos que con la fusión debieran de haber quedado aislados — como se decía en el caso aquel y como se promete ahora en el caso del proletariado regional — hoy mandan la batuta, especialmente en las asambleas; ¡y nada menos que se permiten tildarnos de «agentes patronales»! Ante todas estas cosas, se nos vuelven a la boca todas aquellas porquerías que tragamos, pero que jamás pudimos digerir, las remascamos como viejo rumiante que tiene sus maxilares deteriorados y no puede triturar los pastos y los volvemos a tragar, en honor a esa fusión «constructiva».

¡Vaya con la depuración mediante fusiones!

Lo mismo que ocurre hoy con el ejemplo último citado, ocurrirá mañana, si la fusión de las dos Foras se efectúa, con los Marottas, Senras Pachecos, Carcías, Rosanovas, San Sebastianes, etc., etc.

Volviendo a nuestro punto de partida, interpretamos en esa resolución votada en el Congreso de la Provincial de Santa Fé, que esa Federación no quiere la fusión con elemento amarillo ni traidor; que esa condición implica la negativa, la no fusión, puesto que más o menos, sobre el mismo planisferio que está situada la Confraternidad, lo están los sindicatos que responden a la F. O. R. A. camaléonica, por estar dirigidos por elementos aburguesados, traidores y amarillos, como lo está la Confraternidad.

Entre la aspiración condicional que encierra la resolución del Congreso P. de Santa Fé, y la de los fusionistas incondicionales a estilo Gonçalvez Ferrer y otros, notamos que hay opuesta diametralidad, aunque el camarada Ferrer haya dicho que unos y otros marchan al unísono.

Ya que el congreso haya cometido el desacierto, que lo enmiende en algo, al menos, con otra resolución que tomó de carácter temporario y que es aquella de absorver las fuerzas obreras de la provincia, mientras el congreso de fusión llegue. Dedíquese esa Federación de lleno a esa tarea absorvente, que es mucho más conveniente que cualquier congreso de fusión.

RODRIGUEZ.

NOTAS

Banderas, banderitas y banderotas

Banderitas usan los inocentes; banderas usan los hipócritas, y los pillos usan banderotas.

La patria, en su acepción menos ofensiva, es una cuestión de banderas. Según el tamaño de la bandera es el patriotismo de quien la ostenta.

¡Y hemos visto algunas que medían como siete metros! ¡Qué patriotismo largo tiene esa gente!

Esas son las banderotas que usan los pillos, que, como en todas sus cosas, exageran la nota; usan las cosas grandes para que los tontos los crean grandes a éllos y para esconder mejor sus pillerías. ¡Cuántas pillerías se esconden entre los pliegues de esas banderotas que enarbolan en estos días las gentes del gobierno!

Los comerciantes de toda calaña, los dueños de la habitación, del suelo y de la industria, extranjeros en su mayoría, esos usan banderas, gran cantidad de banderas en sus edificios y en sus escaparates; estos son los hipócritas del patriotismo, que hacen ostentación de banderas para halagar a los pillos del gobierno y a los tontos que explotan, que envenenan con su comercio y apestan con sus conventillos infectos. Las banderas son, entre el pueblo tonto, el mejor reclame comercial. No hay duda que los hipócritas han encontrado el cebo con que explotar y corromper al pueblo argentino.

Los inocentes, los niños de las escuelas, esos pobrecitos que nada saben de la hipocresía de los comerciantes ni de las pillerías de la gente de gobierno, esos usan banderitas, se les empieza a embrutecer en el hogar y en la escuela; los pillos y los hipócritas ponen banderitas en las manos de los niños para mantener vivo en el pueblo ese patriotismo falso que los manmantiene en el poder y en la explotación.

Nosotros, que no somos pillos ni hipócritas — aunque no somos inocentes — debemos repudiar el uso de toda bandera.

¡Qué se vengan!

Regocijémonos los que velamos por la invulnerabilidad de nuestras fronteras, por la integridad de la nación y por que no sea manchada nuestra bandera celeste: todavía hay muchos patriotas en esta tierra. Esto nos lo ha evidenciado la celebración de este aniversario patrio. ¡Hemos visto hasta a los caballos manifestar su patriotismo!

Los verduleros, carniceros y toda clase de vendedores de resíduos, aunqué extranjeros casi todos, han gastado gran parte de sus ganancias comprando banderitas para adornar su carro y su bucéfalo.

Por otra parte, se han visto como nunca miles y miles de ciudadanos con la escarapela bien prendida y acompañando una enorme bandera nacional. Y todo eso constituye una prueba bien palpable de que hasta los extranjeros son patriotas argentinos, y hasta los caballos de los carritos. ¡Qué se creen!

Es por eso que debemos regocijárnos y enorgullecernos. Nuestro país tiene todavía miles y miles de defensores, que darán gustosos su sangre por la patria.

Que se venga Chile! ¡Qué se venga el Brasil! Que se vengan todos los que nos tienen envidia o rabia, y verán si somos o no somos. Aquí hasta los caballos, con una banderita en cada oreja, los ván a recibir en la costa del río a patadas y mordiscones a quienes se atrevan a vulnerar nuestra frontera.

¡Qué se vengan!... y verán si somos caballos... si somos patriotas, que diga.

Tiroteen no más

Ahora porque no transijimos ni a palos con la fusión de actualidad se nos tirotea desde cierto sector fusionista con el remoquete de «enemigos del proléteriado».

Nos alegra, no la calificación, sinó el hecho; porque comprendemos que éste es el último recurso de los que no comulgan con nuestra intransigencia revolucionaria.

Pero qué les vamos a hacer? No es posible hacerles el gusto. Nos hemos empacado en ese punto porqué así entendemos nuestro deber de anarquistas. Si por ese camino vamos contra los intereses del proletariado, que ese proletariado nos disculpe y no nos crea su enemigo, porque no lo queremos mal. Con nuestra actitud no hemos hecho otra cosa que tratar de limpiarle el camino que — a nuestro juicio — debe seguir para su emancipación en el amplio sentido de la palabra. Ha sido un barrido hacia afuera de todo lo que estorbaba a las ideas de libertad que sustentamos; una pasada de rastra para matar los malos yugos que se estaban criando en la chacra anarquista.

Qué les vamos a hacer a los yugos si se enojan? Sabemos que el terreno queda limpio y eso nos basta. Sabemos además que la buena sementera no se nos disgustará ni nos creerá sus enemigos.

Y nosotros estamos por la buena sementera y no por los yuyos. ¡Qué sé enojen! Hemos pasado la rastra y estamos conformes con nuestra obra.

Lo demás es cuento. Que nos tiroteen con todos los calificativos que se les ocurra; somos revolucionarios y no nos asustan los proyectiles...

¡Viva la huelga!

Los maestros de escuela recién se hacen simpáticos cuando están en huelga. Ninguna huelga es más digna de sostener que ésta; no por el triunfo de los maestros — ¡qué, hombre! — porque los niños escolares están fuera de esa fábrica de brutos que se llama escuela.

¡Ojalá esta hulga durase hasta él día del juicio...! Digo ésto porque por mi parte no me hago ilusiones respecto a la enseñanza de las escuelas del Estado, que es tan mala como la escuela católica: si en esa se entontece a las criaturas con el catecismo religioso, en aquéllas se las embrutece con el catecismo de «moral cívica» y con la adoración a los símbolos del chauvinismo.

Es por eso que uno se siente regocijado cuando en alguna parte se declaran en huelga estos camellos de la educación nacional, y desea vivamente que la huelga no termine. ¿Para qué? Si al volver a dar clase volvieran con un programa de reforma educacional; si volviesen dispuestos a instruir a los chicos y no a embrutecerlos, en ese caso sí, con mucho gusto se les podría ayudar en su empeño. Sólo entonces serían dignos.

Pero que ván a hacer, si estas huelgas de maestros, no son más que huelgas de estómagos vacíos que piden mantención! Si en cuanto les paguen los míseros sueldos atrasados volverán a la escuela a enseñar el catecismo cívico y a tirarles las orejas a los chicos que «no tienen cabeza» para aprender esas pamplinas.

Pero si con pensar que han prestado el juramento profesional es bastante para restarles toda simpatía!

Mientras están en huelga vaya y pase ¡viva la huelga! Pero que siga!...

La duquesa de Dato

¡Bien haya las muertes ilustres!

Vean si nó: la señora del ex-presidente del gabinete español jamás había salido del anónimo, a no ser por la muerte trágica del marido.

En cambio hoy se pasea a costa del Estado, en compañía de sus dignas hijas y ostentando el título de duquesa. Por donde quiera que pasa se le rinde honores oficiales y populares: ¡Vá un título con élla!

He ahí lo que han conseguido los matadores del ex-presidente. Disparan sobre una figura y aparece un título; fusilan una caricatura de hombre, y en el bolsillo de la viuda cae un montón de monedas y un título ducal que le dá fama y honores... ¡Para ésto no valía la pena haber arriesgado la carcel!

Ahora la duquesa, por casualidad, va a París. Allá se hará célebre a costa del sacrificio de los que están entre rejas por el hecho, haciendo célebre a la vez la triste figura del ex-presidente. Por debajo del riguroso luto que la cubre hasta los ojos sonreirá, quizás, para sus adentros, satisfecha y agradecida de la tragedia que tan inesperadamente la sacó del anónimato y la puso en condiciones — a élla que no pasa de ser una gallega de tantas — de alternar con las más altas personalidades de la aristocracia europea que despilfarra el sudor del pueblo en los paseos y salones de París.

La duquesa de Dato se hallará a estas horas en la «villa lumiere» rodeada de una numerosa cohorte de admiradores y aduladores. Los turiferarios de la prensa inflarán el comentario hasta de los actos más insignificantes de la duquesa, tejiendo filigranas con la frase en elogio de altas virtudes que no se le conocen a esta gallega.

¡Bien haya los muertos ilustres!... que dan fama a los «vivos».

Si pagas te defiendo

La moral de los «ave-negra» que comen, gozan y viven con comodidad a costa del dolor de las víctimas de la ley que se pudren en las prisiones, no pasa más allá que la mezquina idea de las cuarto palabras del epígrafe.

Es común en los abogados — además de la hipocresía leguleya que usan en sus tratos con los presos — despacharse en estos terminos:

—Si tienes plata te defiendo; por tanto, te saco en libertad; por esta otra cantidad te hago dejar en tantos años. Pero si no tienes, no hay defensa posible. Mis honorarios...

Y efectivamente, si el preso no tiene recursos, por leve que sea la causa no encuentra abogado que lo defienda.

De esa misma catadura — o por lo menos el procedimiento es idéntico — le han salido al proletariado algunos defensores, que lo «manguean» con anticipación para hacer la defensa de sus intereses.

Que se comete una injusticia con un grupo o colectividad obrera? pues hay que editar un manifiesto para «defender» a ese grupo o colectividad. Pero primeramente venga la platita para la edición, de lo contrario no habrá defensa; paga si quieres que gritemos esa injusticia. El éxito de la defensa es lo de menos. El caso es que tú pagues y nosotros gritemos.

Que entre el proletariado «se siente» la necesidad de un gran diario para la defensa de la causa de todos los obreros de la región? pués «manga» con el proletariado. Si quieres tener ese gran diario, tendrás que pagar tanto. Cada organismo obrero se debe suscribir con una cantidad mensual y de acuerdo con esa cantidad se le remitirán tantos ejemplares. La defensa está hecha. El éxito no importa. En cambio, si no pagas no tendrás esa defensa, es decir esos ejemplares del gran diario. Así es que venga la plata y te defenderemos. Si nos das tanto sacaremos el diario; si no es más que tanto, no haremos más que un periódico. Pero si no nos dás nada no tendrás defensa ninguna y además serás un desgraciado....

Pero venga, venga la plata y sacaremos un gran diario, o un gran periódico o un gran manifiesto; gritaremos en tu defensa mientras nos des tu platita para sostenernos.

No hay duda, los «ave-negra» han invadido el campo obrero y se proponen hacer de las suyas. El «campo» es fértil y dará producto. Sacarán diarios, periódicos y manifiestos, ¡harán cada «defensa»! todo con el sistema abogacil de la «manga».

Un "guerrero" del Paraguay

El veinte y cinco de mayo cada argentino, legítimo o no, sacó a la calle su argentinidad para lucirle entre música, banderas y lamparillas. Todo el mundo — el mundo inconsiente o pillo — hechó el resto para dar lucimiento al gran día...

Hasta los guerreros del Paraguay se pusieron sus raídos uniformes y demás atributos guerreros y se largaron por esas calles, en una pata unos, arrastrados en carritos otros, pocos en sus dos remos inferiores. ¡Están tan viejitos y tan gastados!

Hablé con uno que caminada muy derecho y que andaba husmeando una borrachería abierta.

—Dende las siete, que me levanté y me juí pal sentro, no tomo una cañita! — me dijo como de saludo.

Nos fuímos a una «cañería» y pedimos algo con que mojar el garguero. Ya con el pico caliente me empezó a hablar mal de la patria. Le hice notar que me extrañaba que él, que debía ser más patriota que muchos de los que andaban por ahí luciendo escarapela, no honrara de palabra a lá patria como la había honrado de hecho.

—Es q'esos cobran más que yó. Ministros, capitanés y generales, cobran unos sueldos bárbaros. Como no van a darse corte! Pero yó... fíjese: a veces paso hasta sáis meses sin poder cobrar ni un riál de la pensión. Y eso que tengo las gineas de sargento primero ¡Como p'andar contento con la patria! — y echó un terno más grande que la guerra del Paraguay.

Y al ver que yo pagaba todas las «vueltas» — y ya íbamos como en la quinta — se hizo más intimo todavía y me dejó perplejo con esta salida:

Por un lao tienen rasón, porque... ¿sabe?... yo no he ganao estos galones.

—¿No los ha ganado?...

—Esta ropa y estas gineas fueron de un hermano mío. El sí que pelió en el Paraguay. Yo me las pongo pa cobrar la pensión desde q'el diputao (fulano) me arregló.

—¡Es curioso!

—Por eso yo no hago mucha juersa porque a lo mejor me decubren... ¿Tomamos otra pa que sean sáis?

Pagué la ultima vuelta y me fuí pensando en la legitimidad de estos «guerreros» a los cuales los pillos presentan como ejemplo de heroísmo y patriotismo; pensando también que muchas reliquias patrióticas son tan auténticas como ésta.

Héctor MARINO.

———o———

El Estado y la patrioteria defendiendo al capitalismo que agoniza

LOS ANARQUISTAS

No son las ideas de redención lo que preocupa a los capitalistas de la Argentina; son los hombres que las sustentan y tratan de ponerlas en práctica. Contra ellos va la agresión actual; contra esos hombres se han organizado las bandas de asesinos que han cometido las salvajadas de estos días; y contra ellos se repetirán los ataques y se multiplicarán los crímenes; porque los criminales gozan de todas las ventajas y todos los privilegios. Además del consentimiento del gobierno, cuentan con el aplauso y el estímulo de la infame prensa burguesa. En todos los atentados cometidos en estos días, después de perpetrado el crímen, se ha sentido la mano protectora del gobierno maniobrando en la sombra en salvaguardia de los asesinos de escarapela.

Cuando el asalto, violación de domicilio, asesinato e incendio llevado a cabo por la «liga patriótica» contra el local sindical de los chauffeurs, la policía tenía conocimiento con anterioridad del crimen que se tramaba y le dejó el campo libre a la horda; después del hecho asaltó ella el local deteniendo a los que quedaban y destrozando los muebles y útiles.

A dos «jóvenes» que detuvo cerca del local, aunque estaban armados como para ir a la guerra, les dió la libertad cuando les vió la escarapela liguista. (¿Se quiere mayor prueba de complicidad?). Al día siguiente continuó la persecución contra los agredidos y detuvo a una gran cantidad de chauffeurs. ¿Y será en persecución de los agresores que la policía practicó varios allanamientos de locales obreros?

Lo mismo ha sucedido con los obreros muertos. Tello, el que cayó en la refriega del puerto, no pudo su familia ni sus amigos conseguir que le fuera entregado el cuerpo para velarlo. La policía lo negó rotundamente con cualquier excusa. Igual se ha hecho con el cadaver de Canovi, el que tampoco pudo ser recuperado por sus deudos y compañeros, y desde la Morgue fué llevado sigilosamente al cementerio. Ni la más leve consideración aunque fuese hipócrita se ha tenido con las familias de las víctimas.

En cambio, muy distinto proceder se ha usado con los de la «liga». Esta enterró uno de sus miembros con gran pompa y rodeada de todas las garantías, al día siguiente de haber consumado el asesinato e incendio en el local de los chauffeurs.

—

No es que pidamos garantías ni consideraciones para con los anarquistas, ni siquiera que en esta lucha que se inicia entre nosotros y el «fascismo» argentino, la policía se conserve neutral. ¡Qué vamos a pedirle! Si no somos tan ilusos como para creernos que la policía no sea el brazo armado que guarda las espaldas a los asesinos de escarapela!

Sólo queremos que se vean deslindadas las posiciones; que se vea la mano oculta del gobierno nacional protegiendo con sus mercenarios armados a esa organización de criminales que usurpa el nombre de la patria para encubrir

El partido comunista en Alemania

Por RODOLFO ROCKER

2. El fracaso de la revolución alemana

En el tiempo que media entre el 29 y 31 de Diciembre de 1920 se berificó en Berlín el congreso del grupo Spar.acus al que también fueron invitados representan.es del grupo «Comunistas internaciona'es» y de otras organizaciones de la izquierda del norte de Alemania. En este congreso el grupo Spartacus se separó definitivamente de la social-democracia independiente; realizándose al mismo tiempo, el acuerdo de las diversas tendencias extremistas naciendo de esta manera, el «partido comunista de Alemania».

El ambiente del congreso fué muy revolucionario. Aun sentían la fresca impresión de la revolución de noviembre y se miraba al porvenir con confianza ilimitada.

El primer problema que abordó el congreso fué la actitud que asumiría el nuevo partido hacia el parlamentarismo. Este problema tenía en aquellos momentos un significado trascendental, porque el llamado a la asamblea nacional no era la palabra de orden únicamente de la vieja social-democracia, sino también de todos los partidos burgueses sin distinción alguna, los que esperaban — y se demostró que tenían razón — que por este medio se podría al fín derrocar el dominio de los soviets de obreros y soldados. ¿Asamblea nacional o sistema de soviets? era la fórmula de entonces y en la que el antagonismo entre el socialismo y el capitalismo encontró su expresión verdadera.

Liebknecht, Rosa Luxemburgo y algunos otros jefes conocidos tenían la opinión, que el partido no tiene que abandonar por completo el parlamento por razones de táctica, porque probablemente no se podrá impedir que se reuna la asamblea nacional. Pero la gran mayoría de los delegados, encabazada por el maestro de otros tiempos Otto Rihle se pronunció en contra. y Rihle hasta declaró, que «cuando la asamblea nacional se reuna, habra que dispersarla con granadas de mano y bombas». Por una gran mayoría rechazó el congreso toda actividad parlamentaria. (2

Las probabilidades generales del desenvolvimiento del nuevo partido eran muy buenas. Es cierto que no logró quebrantar al partido independiente, pero pudo reunir en su seno una gran camtidad de elementos muy activos. Hasta del campo de los anarquistas y sindicalistas se le adherieron muchos camaradas, los cuales aunque no estaban de acuerdo con todas las exigencias, las que ha expuesto el partido comunista, pero viendo que rechazó de una vez para siempre el parlamentarismo, creían éllos, que el partido se desarrollaría en el sentido del socialismo libertario.

Aparte de esto tenía el partido por dirigentes a Carlos Liebknecht y Roca Luxemburgo, ambos jefes muy populares, que contaban con la simpatía de muchos miles de obreros por su actitud valiente durante la guerra y el gran sacrificio que hicieron por sus convicciones. Y — no porque se mencione último tiene menos valor — tenía el partido el apoyo moral y financiero del gobierno ruso de los soviets, lo que les dió la posibilidad de editar diarios en todas partes del país, lo que jamás hubiera podido conseguir sin la ayuda de Rusia.

Pero la ayuda de Rusia, que puso al partido comunista en buenas condiciones financieras, era al mismo tiempo un peligro para el mismo. En Moscú no tenían absolutamente la menor noción sobre la verdadera situación de Alemania. Allí tenían la creencia, de que la revolución de Alemania era la primera señal para la revolución mundial la que se esperaba con tanto anhelo e impaciencia. Por eso predominó en Rusia la opinión, de que hay que empujar adelante la revolución en Alemania por todos los medios, sin tener presente, que el movimiento revolucionario no tenía aún ninguna oportunidad de organizar sus fuerzas y preparar una acción conjunta en todo el país.

De este espíritu es de donde brotaron los sucesos sangrientos en la última semana de Enero de 1919. Liebnecht y Roca Luxemburgo que comprendieron mejor y pudieron preveer mejor los acontecimientos en Alemania, que Radek y sus compañeros que llegaron de Rusia, para mostrar a la revolución alemana el «camino verdadero», fueron contrarios en absoluto de un levantamiento local, del que sabían de antemano, nada bueno saldría, teniendo presente la verdadera situación.

La posición del gobierno social-demócrata era muy débil; a duras penas podía mantenerse. En todo el país reclamaban los obreros la socialización de las fábricas y el gobierno en manera alguna hubiera podido hacer frente por mucho tiempo a este movimiento en todo el país. Y la reacción burguesa era por aquel entonces impotente, no teniendo posibilidad alguna de organizar sus fuerzas, las que estaban dispersas.

La sublevación de Enero dió repentinamente a esta asociación un carácter muy diferente. Ya la causa exterior de ella no era propicia. El gobierno despidió al jefe de policía de su puesto y los espartaquistas eligieron justamente este acto como señal para levantarse contra el gobierno. La despedida de Eichhorn pudo, talvéz, hacer impresión en el ánimo de una pequeña parte de los obreros berlineses, pero no influyó lo más mínimo en el ánimo de los obreros de las demás partes de Alemania. Pero para predisponer el ánimo de los obreros, se les contó que decenas de miles de soldados con cañones y otras armas están prontos a marchar junto con los trabajadores. Creyendo en estas promesas, es que Liebknecht y Rosa Luxemburgo fué una ilustración sangrienta del instinto asesino de aquellas bestias humanas.

Después de este levantamiento adquirió toda la situación un cariz muy distinto. El levantamiento de Enero fué la hora de crisis de la revolución alemana. En todas partes del país se coaligó la burguesía y trabajó con nuevos ánimos: Se inició la era de los llamados «batallones voluntarios», bandas de saqueadores organizadas militarmente con oficiales monárquicos a la cabeza, los que fueron apoyados financieramente por la burguesía. Los problemas vitales de la revolución desaparecen de la orden del día, y se empezó la organización de la contra-revolución en todo el país.

Verdad, en distintos lugares del país reconocieron los obreros el peligro e intentaron oponérsele, pero bajo el peso del estado de sitio y bajo la horrible impresión de los sucesos espantosos de Berlín fué imposible toda acción compuesta.

El 18 de febrero se inició la gran huelga de los mineros del distrito del Rhur, pero el movimiento fué sofocado inmediatamente, porque no encontró eco en otras partes del país.

El 24 de febrero fué asesinado en Munich Kurt Eisner. Este hecho sangriento fué la primera señal para el levantamiento de abril, el que fracasó en medio de un terrible caos y por la confusión interior. De la misma manera terminó el movimiento de huelga general en el centro y norte de Alemania. La sangrienta insurrección militar en Marzo de 1919 en Berlín aunque nada tenía que ver con el movimiento revolucionario lo utilizó Noske para proclamar el estado de sitio en toda Alemania y arrestar a miles de revolucionarios.

La prensa comunista afirmó más adelante ella misma, que el levantamiento de Enero fué provocado por el mismo gobierno, para poder vencer todo el movimiento extremista de un golpe. Es difícil decir, si esta afirmación es verdadera o no. Una cosa si es cierta; ésta queja de los comunistas contra el gobierno es la mejor demostración, que todo el levantamiento fué un tremendo error y un terrible golpe para todo el desarrollo ulterior de la revolución alemana.

Pero el golpe más fuerte lo recibió el partido comunista. No ya tán sólo que el número de sus adherentes disminuyó considerablemente, sinó que también perdió dos de sus más abnegados y animosos jefes, cuyos puesto ningún otro en el partido pudo ocupar. Esta pérdida es tanto más sensible, si consideramos, que la gran mayoría del partido comunista se compone de hombres jóvenes, los llamados «socialistas de noviembre», los cuales recién después de la revolución familiarizáronse con las ideas socialistas y que no tenían ninguna experiencia y pocos conocimientos. Para desgracia del partido, murió también Franz Mehring en esta época crítica, Mehring y Rosa Luxemburgo eran propiamente dicho, el cerebro del partido comunista. Ni siquiera Liebknecht pudo jamás compararse con estas dos capacidades espirituales y científicas. Pero él era un carácter incansable, un orador, que sabía inspirar las masas, una especie de apósto', el que no se detuvo ante ningún obstáculo, porque todo le parecía fácil y sencillo.

De los dirigentes actuales del partido comunista la única que merece el nombre de dirigente es Clara Zetkin, pero ya está vieja y su debilidad corporal no le permite dedicar todas sus fuerzas al partido.

El doctor Feel Lewi, el «dictador» del partido, es un buen abogado y político, que sabe afrontar las situaciones; pero le falta capacidad para ser un verdadero jefe popular. No es el hombre que pudiera imprimir al mivimiento el sello de su propia personalidad. Verdad, es un diplomático hábil y está bien interiorizado de todas las astucias jurídicas, pero le falta el anhelo interior, la inspiración revolucionaria. Aunque él en toda oportunidad, llama a sus adversarios «ideólogos pequeño-burgueses», es él mismo un comunista de salón, al que ni siquiera es posible negar su descendencia burguesa.

Los demás dirigentes del partido, Fink, Hekert, Brandler, Leether, etc., son hombres comunes, los cuales poseen una regular colección de palabras políticas de combate y frases revolucionarias de un diario, pero su inteligencia es nula, aunque éllos tengan una opinión elevada de sus capacidades intelectuales.

En estas condiciones quedó el partido interiormente paralizado. Se ha convertido en una secta política, que lleva en si todas las señales de una secta — una intolerancia fanática contra toda otra opinión y la limitación espiritual de los habituales creyentes de iglesia. Para equilibrar su falta de iniciativa interior, desarrolló en sus filas una especie de centralismo militar, que ahoga todo pensamiento propio y obra directamente rechazando por su ciega fé autoritaria.

En verdad el partido comunista en Alemania no es más que una sección de Moscú; sólo que a nuestros bolshevikis alemanes les falta el espíritu ruso y la iniciativa rusa — de ahí que su bolshevismo no sea más que una caricatura de la realidad rusa. El partido comunista vive hoy sólamente gracias a la ayuda de Rusia, y en el momento en que Rusia le retire se protección perderá todas sus probalidades de existencia y se hallará en la misma situación de un inválido, al que quitaran las muletas.

(Del «Freie Arbaiter Stimme» núm 18, Abril 1º de 1921).

1) Este artículo es la continuación de otro que fué publicado en el núm. 17 o sea anterior a éste y que no llegó a la Argentina por haber sido, según nos informan los compañeros de New York, secuestrados por el departamento de censura postal en Norte América todos los ejemplares de ese núm., que fueron entregados al correo y que eran la mayor parte

2) Tomen nota los archivos ambulantes... digo, los comunistas de aquí.

Notas del Traductor.

---

ante los extraños y los sonsos sus fechorías de asesinos elegantes.

Véase este otro detalle: El puerto de la capital, después de una huelga fracasada, fué ocupado militarmente para entregárselo a la «liga», la que entró con su jefe a la cabeza, en son de victoria, por entre varias hileras de soldados y de ametralladoras, colocadas allí para barrer la resistencia de los viejos obreros del puerto.

Y en ese tren de conquistas a base de complicidad jesuítica, la «liga» está hoy sentada sobre las narices de la organización obrera de la región y solamente una violenta reacción de ésta puede destronarla. Pero para esto, para conseguir un resultado práctico es imprescindible cambiar de táctica. No se podrá abatir esa organización de asesinos con los viejos medios de lucha proletaria; sería un sacrificio inútil.

Es necesario no dar el pecho ni la esspalda al blanco de esa horda, ni arrinconarse en el local del sindicato. Obsérvese que en el asalto a los chauffeurs han usado, además de armas de repetición, la barreta y la ganzúa del lunfardo y la nafta del incendiario.

Aprendamos de los patriotas compañeros...

Hagámonos cargo que estamos abocados a una guerra social que tenía que producirse; que todos los respetos al prójimo, todas las buenas costumbres y hasta los códigos burgueses, van a quedar al margen de este desencadenamiento de odios en que empieza a debatirse una sociedad agonizante que no quiere morir — pero que hay que matarla — y pongámonos frente a ese desencadenamiento, sin miedo, como que sabíamos de antemano lo que iba a ssuceder, como que preveíamos el acontecimiento y lo esperábamos; serenémonos, y miremos esta terrible reacción de la fuerzas regresivas, con la entereza de quien tiene la convicción de vencer resistiendo.

La «liga patriótica» no es más que la última patada de la sociedad burgueza agonizante en este país. Por eso es que sus ataques son desesperados, como estertores de agonía.

No nos dejemos aplastar por esa patada; pongámonos a salvo cambiando radicalmente los medios de defensa y de ofensa.

Es la hora, compañeros.

REBELDE

Estaba sentado en un banco, bajo la sombra de un árbol. Vestía el uniforme reglamentario del establecimiénto y, según la ordenanza interna, su cabeza y cara se hallaban completamente rapadas.

Me detuve a examinarlo un instante. Absorto y ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor, leía con atención un libro que tenía entre sus manos.

De pronto, presintiendo la curiosidad de que era objeto, levantó la vista y me miró. Eran dos ojos obscuros y tranquilos de niño bueno. Se sonrió afectuosamente. Alentado por su sonrisa me senté en el mismo banco.

¿Qué lees? le pregunté.

Ensayaron sus labios una sonrisa de melancólico desdén, y respondió: Para una parte de la humanidad aferrada a sus egoístas predominios de explotación y de poder, es la obra de un fanático, de un loco criminal! Para la otra gran parte de la humanidad, para la que gime en la noche del hambre y del dolor, es la obra de un ser humano! Y exaltado por sus propias palabras, me señaló en un extremo de la carátula del libro, la pensativa y severa imagen del Maestro.

Ante el extraño lenguaje del loco asilado, debióse pintar en mi rostro el más vivo asombro, por que dándose cuenta prosiguió.

—Comprendo; me cree Vd. enfermo —y se tocó la frente.—Nó, ya no lo soy—y como viese aún señales de incredulidad en sus ojos, aseguró.—Nó, ya no lo soy; puede Vd. preguntarle a cualquiera de esos loqueros o al médico de guardia. Dentro de unos días me darán de alta, y se abrirán para mi las puertas de ésta reclusa, adonde diariamente el turbión de la vida, arroja como sedimentos de sus bajos fondos, a las tristes fallas de la Naturaleza. Yo también caí aquí víctima del terirble mal, originado por la perfidia humana.

Nací en Rusia, me llamo Sienski— continuó, con voz ligeramente extranjera, que no desmentía su origen. La muerte prematura de mi padre me obligó a abandonar mis comenzados estudios en la facultad de San Petersburgo para entrar de aprendíz tipógrafo en una imprenta de obras. Era necesario arrancar de mis jóvenes fuerzas el pedazo de pan que debía llevar a su boca mi pobre madre... y me inicié en el sacrificio. Por muchos años trabajé, y, entre ellos, días amargos de hambre y frío golpearon muchas veces la carcomida puerta de la boardilla miserable... Una vez, hacia ya dos días que no tomábamos alimentos, que no sentíamos arder ni un trozo de leña en la fría pocilga, donde nos revolcabamos como bestias afiebradas, mi madre y yo, cuando setimos dar unos golpes en la puerta. Me levanté a duras penas y fuí a abrir. Era un antiguo compañero de taller que iba a proponerme trabajo en una imprenta clandestina donde se editaban folletos libertarios.

Agotados todos mis recursos para transformarlos en pan, me aferré a la tabla salvadora. Con lágrimas en los ojos, besé las manos de mi generoso compañero que me brindaba el pedazo de pan que le faltaba a mi madre, aunque envuelto quizás en la sentencia de muerte o de confinación en las heladas estepas de la Siberia... y lo seguí. ¡Ah! hubiera dado todas las gotas de mi sangre por aplacar el hambre cruel que roía las entrañas de esa pobre anciana. Trabajé algún tiempo en la imprenta, y mi madre tuvo pan y fuego. Mientras tanto, mil peligros nos acechaban; trabajabamos de noche, en un sótano húmedo y frío de los arrabales de Moscú, y allí fué donde componiendo obras traducidas de muchos sociólogos alemanes y franceses, sentí mi mansa carne de sumisión y esclavitud, rugir rebelde. Allí fué donde me empapé de las nuevas doctrinas, en los puros y nuevos ideales... allí donde aprendí a odiar a esa infima sociedad que tiene entre sus puños la vida y la libertad de la inmensa mayoría.

A pesar de todas nuestras precauciones, descubrieron la imprenta. Sonó el timbre de alarma, y pudimos escapar a duras penas por una puerta secreta, mientras por la otra, los bárbaros cosacos, creyendo caer seguros sobre sus víctimas acorraladas, la invadían entre alaridos salvajes. Al verse burlados, todo cayó destrozado al ímpetu de sus furores. Desde este momento se inició nuestra dispersión. Sindicados de terroristas, la policía se empeñó en darnos caza. Violó nuestros domicilios y golpearon a nuestras madres y mujeres. Un vecino me aseguró haber visto a mi madre caer ensangrentada bajo los golpes del látigo... ¡Ah! si hubiese podido hacer saltar los ejes en que gravita la tierra, para que rodando encendida fuera a estrellarse contra un astro menos infame lo hubiera hecho sin titubear. La imagen de mi madre ensangrentada se gravó desde ese instante como una obsesión, en mi cerebro...

Sienski, fatigado, y en sus ojos obscuros y tranquilos, de niño bueno, temblaron dos lágrimas ardientes y tardías.

Repuesto, después de una pausa continuó:

—Cuando pude, salvando mil peligros, huí de Rusia, maldiciendo su cielo frío como el corazón de sus tiranos, y dejando ya a mi madre a la custodia piadosa de la tierra.

Vagué por Italia y Francia algún tiempo, siempre perseguido como bestia feróz por las policías de esos estados... hasta que cansado de esa persecosión llegué a esta tierra, creyendo que por ser más nueva, sus leyes y sus hombres fueran mejores. Conseguí trabajo en una imprenta de una revista de esta ciudad... Viví relativamente tranquilo, hasta que un día estalló una huelga general. A raíz de ella, el gobierno decretó el estado de sitio y la ley de residencia.

Una disputa tenida con el capataz del taller, fué motivo para que este me denunciara como «peligroso» en esos días de espionaje y de terror. Supe la torpe y cobarde traición. Pensé que la Siberia me aguardaba allá en mi tierra, que abriría las puertas de sus mazmorras para enterrame en vida... y sentí mi cerebro como vaciarse, inyectarse mis ojos de sangre... y me lancé, ya loco, ciego, sobre el traidor para ahogarlo... No me deportaron, pero en cambio, me encerraron loco en este hospicio.

Hizo una larga, una prolongada pausa, como si siguiera en su cerebro, la hilación de su discurso. Yo lo miraba sin saber que decir, que replicar, cuando de pronto se paró y extendiendo su brazo hacia Occidente, donde caía el sol majestuoso, rojo, exclamó: ¡Guay! guay de ellos, que forjan a los rebeldes.

Su reinado concluye... Ya se acerca la hora de la redención. La hora de la Ciudad Futura!

Carlos ADRIATICO.

Artistas y rebeldes?

Un gran artista es siempre un gran rebelde, y un gran rebelde siempre es un gran artista. ¿Qué magno poema es comparable a Luzbel?

Cuando los artistas han puesto su labor al servicio de la tiranía, han podido ser exquisitos, refinados, todo lo que se quiera, pero no han sido nunca grandes. No lo fué Ovidio hasta que tuvo en sus versos las hondas querellas contra el poder imperial que le desterraba de Roma. ¿Qué es la Divina Comedia, sino una rebeldía contra toda la iniquidad medioeval? ¿Qué es la obra de Goya, lo mismo cuando retrata reyes que cuando graba las aguas fuertes, sino un supremo gesto de burla y amargura contra toda una sociedad? Y aquellas meninas, deformes y monstruosas, al lado de las infantas en el aposento del alcázar y aquel niño poniendo su pie sobre el perro que le aguanta leal y adormilado, y aquellos monarcas reflejándose en el fondo de un espejo, no son acaso, en Don Diedo Velázquez de Silva algo más que el trabajo de un pintor palatino?

Rebelde es el "Quijote", como rebeldía también palpita bajo el tremendo dolor de "La vida es sueño".

Realmente la humanidad se obstina y se ha obstinado siempre en vivir tan mal, tan sórdidamente, que todo el que piense y sienta un poco más que el rebaño de los abúlicos y resignados ha de tener algo de rebelde en su alma.

Pedro de Repide.

LA PROTESTA

REDACCION Y ADMINISTRACION: PERU 1537

Correspondencia, valores y giros [illegible] a nombre de A. Barrera.

Precio de suscripción mensual, $ 0.50

La conferencia sindicalista revolucionaria de Berlin

Importancia de la conferencia

La conferencia sindicalista celebrada en Berlín del 16 al 21 de diciembre del pasado año tuvo un éxito feliz, tanto por las discusiones como por el número de asistentes.

En ella se tomaron dos decisiones de suma importancia. En primer lugar, las organizaciones que participaron en la Conferencia estarán representadas en el Congreso de Moscú, y se excitará a las centrales que no tomaron parte en ella para que acudan también a dicho Congreso. Después se acordaron los seis puntos que servirán de base a las organizaciones representadas en la Conferencia de Berlín para las discusiones en el Congreso de Moscú.

Esto no significa, sin embargo, que los asistentes a la Conferencia se pusieran de acuerdo sobre todos los puntos discutidos. En el curso de las discusiones se manifestaron diferentes tendencias y opiniones, tanto sobre problemas teóricos como sobre cuestiones prácticas de organización; pero la divisa «A Moscú» prevalecía sobre todo: no una Internacional separada, sino una sola Internacional de todos los trabajadores industriales del mundo, en colaboración con la Internacional roja.

Con este mandato fué el camarada Hardy, de los I. W. W. (Trabajadores Industriales del Mundo), de Norteamérica. La misma opinión emitieron Backer, de la Argentina, y la Delegación de Holanda, y también la sostuvieron los camaradas Jack Tanner, de los «Shop-Stewards» (Consejos de fábrica) de Inglaterra, y Víctor Godonnéche y Juan Ceppe, de los minoritarios de la C. N. T. francesa, adscritos a la Internacional roja.

Solamente los sindicalistas alemanes, representados por Federico Xater, Max Winkler, Rodolfo Rocker, Augusto Souchy, Francisco Barvich y Teodoro Plivier, y el representante de los sindicalistas suecos, camarada Franz Severin, sostenían la opinión contraria. «Somos sindicalistas — declararon varias veces — y queremos una Internacional sindical». Esta manera de entender la cuestión, muestra, ante todo, que el movimiento de los sindicalistas alemanes está impregnado de concepciones anarquistas, como ocurrió anteriormente con el movimiento sindicalista independiente de Holanda. Sin embargo, los sindicalistas alemanes van a Moscú, pero con una resolución que los separa aun más de Moscú, e impide, por otra parte, un acuerdo entre ellos y las centrales sindicales revolucionarias de otros países que no se han adherido todavía a la Internacional roja. A quienes estén al corriente del movimiento obrero internacional no les podrá extrañar que el camarada Belinsky, representante de la Internacional roja, se alzara frente al criterio de los sindicalistas-anarquistas alemanes.

Bleinsky y los sindicalistas alemanes

El camarada Belinsky opinaba que, durante la primera semana, la Conferencia debía consagrarse a elegir entre Amsterdam y Moscú (Internacional sindical roja). Fundar una Internacional sindical revolucionaria frente a la de Moscú, aumentaría aun más la confusión en el movimiento obrero. Los representantes de los I. W. W., los de la Argentina, los minoritarios de la C. N. T. francesa y la Delegación holandesa estaban completamente de acuerdo sobre este punto. (El fin de la Delegación holandesa era hallar una base que hiciera posible una colaboración entre el movimiento sindical revolucionario y la Internacional roja).

Por el contrario, los sindicalistas-anarquistas, con quienes se solidarizaba el representante sueco, mantenían como base la resolución adoptada en el Congreso sindicalista de Londres de 1913. Los sindicalistas alemanes añadían además esta condición: que, para adherirse a esta Internacional sindical revolucionaria, las organizaciones tenían que adoptar la concepción federalista. La creación de esta Internacional significaría entonces la exclusión de aquellas organizaciones que, como los I. W. W., están basadas sobre el centralismo, y que, como casi todas las demás centrales revolucionarias, agrupan en su seno a sindicalistas, comunistas y anarquistas. Por esta razón, la creación de una Internacional sindical anarquista o de una Internacional sindical comunista es imposible, por lo que el criterio de los representantes americanos nos parece exacto y de perfecto acuerdo con la opinión de los sindicalistas independientes de Holanda. Nuestro movimiento sindical debe admitir a todos los obreros, cualquiera que sea su tendencia, que acepten la lucha de clases y quieran combatir con nosotros a la clase capitalista. Para conseguir esto, nuestro fin debe ser la constitución de una Internacional sindicalista para todos los trabajadores del mundo.

Podemos regocijarnos por haberse conseguido un acuerdo sobre este punto y de que, por consiguiente, la primera proposición de los representantes alemanes, de fundar una Internacional puramente sindical, no haya sido aceptada, dejando a elección de las centrales de los diferentes países la forma de su organización.

La Internacional sindical y los partidos políticos Moscú o Amsterdam

Otras dos importantes cuestiones dominaban además a la Conferencia. En primer lugar, la de saber si el movimiento sindical (y por consiguiente una internacional sindical revolucionaria) debía ser independiente de los partidos políticos. En segundo lugar, si el movimiento sindicalista revolucionario debía aceptar o no la dictadura del proletariado.

Sobre el primer punto, el representante de los I. W. W. declaró que, si bien llevaba la misión de que se acudiera a Moscú para conseguir la constitución de una Internacional sindicalista revolucionaria, ésta no podía estar de ninguna manera bajo la dirección de la Tercera Internacional Comunista ni de ningún otro partido político. Sostenían también esta opinión las delegaciones de la Argentina, de Alemania, de Holanda y de Suecia.

Los representantes alemanes y suecos insistían particularmente sobre este punto de vista apolítico, como si la clase obrera pudiese vencer a la clase capitalista en una mera lucha económica, sin acción política.

Esto es a todas luces imposible. Nosotros observamos en el desenvolvimiento del capitalismo que a medida que se acentúan los antagonismos de clase, la lucha económica y la lucha política se confunden, y que en una situación revolucionaria avanzada, la separación entre la lucha económica y la lucha política es de todo punto imposible.

Belinsky señaló justamente que el punto de vista apolítico ha sido sobrepasado por los acontecimientos y que no responde al actual período revolucionario.

«Si un país como Rusia — dijo —, donde el proletariado ha conquistado el Poder, es atacado por los contrarrevolucionarios del interior y los ejércitos capitalistas del exterior, y el proletariado se ve obligado a defenderse para no perder el Poder, sin duda, eso es ejercer la acción política. Y si se dijese entonces: «No queremos saber nada de la política», ¿no sería eso actuar como contrarrevolucionarios?

Si se quiere hacer una Internacional sindicalista revolucionaria, ésta no puede rechazar la acción política. Se dice frecuentemente — añade Belinsky — que la Internacional Sindical Roja está dominada por la Tercera Internacional. Pero, en realidad, son dos organismos independientes.

El punto de vista de la Tercera Internacional, es que el movimiento sindical debe ser orgánicamente independiente. En los Estatutos provisionales de la Tercera Internacional no podrá hallarse nada que diga lo contrario. Pero nosotros consideramos necesaria la «unidad en espíritu» de las organizaciones políticas y económicas del proletariado para constituir un frente único contra el capitalismo y sus defensores.

Por eso no se debe comprender ni admitir la independencia del movimiento sindical como aislamiento y separación completa del movimiento político.

Sin necesidad de subordinarnos al partido político, podemos trabajar juntos por el gran fin común: la liberación del proletariado del yugo capitalista y la realización del comunismo.

Los representantes de la minoría de la C.N.T. francesa comparten esta opinión, aunque ya están adheridos de Moscú. Sostienen el criterio de que el movimiento sindical no debe estar bajo la dependencia de un partido político, pero que es necesario trabajar en común con la Tercera Internacional y los demás partidos políticos dispuestos a obrar revolucionariamente.

Los camaradas franceses recordaron la declaración de Sinóvief, diciendo que la actitud de la Tercera Internacional frente al movimiento sindical es distinta a la adoptada frente a los partidos políticos; que respecto del movimiento sindical la Tercera Internacional no tiene un punto de vista doctrinario cerrado, y que opina que los partidos comunistas no tienen que intervenir como tales en el movimiento sindical.

En resumen: el camarada Belinsky propuso una enmienda al punto quinto, la cual, aunque fué rechazada por el momento, será discutida en Moscú.

Por este motivo, creemos conveniente dar a conocer a este propósito algunos detalles. Belinsky proponía la modificación siguiente, al punto quinto: «La Internacional Sindical Roja está organizada con entera independencia, pero realiza su acción de acuerdo con la Tercera Internacional».

Esta enmienda, si se hubiera adoptado, no habría modificado en nada el punto quinto tal como la había redactado la Comisión. El mismo Belinsky quiere una Internacional sindical independiente, aunque deseaba una declaración en que se indicara explícitamente que la Internacional sindicalista revolucionaria quiere trabajar de acuerdo con la Tercera Internacional.

Aunque el autor de este artículo es partidario personalmente de la enmienda Belinsky, votó el texto presentado por la Comisión porque concordaba mejor con la misión que la Delegación holandesa había recibido de la Dirección de la N. A. S.

Pero entiéndase bien: queremos también una Internacional sindicalista revolucionaria que no vaya a remolque ni de la Tercera Internacional ni de ningún partido político; más esto no impide que en este período revolucionario tengamos que establecer una gran línea de separación entre el movimiento sindicalista revolucionario y el movimiento reformista.

De una parte vemos los restos de la Segunda Internacional y su Internacional sindical poseídos del mismo espíritu. De otra, la Tercera Internacional revolucionaria creciendo siempre y el movimiento sindicalista revolucionario buscando la unidad. No hay término medio.

Los viejos partidarios de la Segunda Internacional intentarán rehacer su vieja obra bajo otra bandera, con objeto de reunir en el ala derecha del movimiento obrero los partidos disidentes de la Segunda Internacional y conseguir un acuerdo con la Internacional Sindical de Amsterdam.

En este sentido hablaron Troelstra (una figura bien conocida de la Segunda Internacional) y Oudegeest (uno de los secretarios de la I. S. de Amsterdam) en una reunión celebrada en diciembre del año pasado, reunión preparada por el S. D. A. B. y el movimiento sindical moderno de Amsterdam, y destinada, según manifestó Kleerekooper, a demostrar el lazo indisoluble que une la lucha política y la acción sindical. Esos dos líderes manifestaron claramente que en lugar de la Segunda Internacional hacía falta otra situada más a la izquierda y que trabajara de acuerdo con la Internacional Sindical. Sabemos muy bien lo que eso significa en boca de esos hombres, que durante la guerra se pusieron al lado de la burguesía. Pero merece nuestra atención el hecho de que los líderes de la Segunda Internacional, ayudados por los de la Internacional Sindical, intenten constituir un frente único contra la Internacional de Moscú por medio del movimiento obrero moderado y parlamentario.

Moscú o Amsterdam

Repetimos que no hay término medio, o de un lado, o de otro. Por todas partes se realiza rápidamente el proceso de ruptura. En Alemania, el Partido Independiente, por haber tomado un camino intermedio, ha hecho inevitable la escisión y ha empujado más cada vez hacia la derecha a los elementos oportunistas, y más hacia la izquierda a los elementos revolucionarios.

En el movimiento socialista francés, la situación era la misma. Ya no se quería ni oír hablar de la Segunda Internacional; pero hasta el Congreso de Tours nadie quería pronunciarse por la Tercera Internacional. El movimiento sindicalista francés pasaba por la misma evolución. Hasta ahora, Jouhaux ha conseguido mantener la adhesión de la C.G.T. a la Internacional de Amsterdam. Sin embargo, una fuerte minoría del movimiento francés ya está afiliada a la Internacional Sindical Roja, y si los síntomas no nos engañan, esta minoría no tardará mucho tiempo en convertirse en mayoría.

Votar por Moscú significa, en el movimiento sindical, querer agrupar a todos los trabajadores en una Internacional sindicalista revolucionaria, que no se dejará trazar su camino por la Tercera Internacional política, pero que estudiará, trabajará y formará con élla un frente único revolucionario contra el capitalismo.

Esta es la base que debemos adoptar y sobre la que deberemos ponernos de acuerdo en Moscú.

El punto quinto, aprobado en la Conferencia dice así: «a) la Internacional sindicalista revolucionaria es completamente independiente de todo partido político.» Pero en el caso en que la Internacional sindicalista revolucionaria decida una acción determinada y los partidos políticos u otras organizaciones la secunden, esa acción podrá realizarse de común acuerdo con esos partidos políticos o esas otras organizaciones. Y lo mismo sucedería cuando la iniciativa partiese de un partido político.

Esta base permite la colaboración con la Tercera Internacional, pero supone al mismo tiempo la posibilidad de una colaboración con la Internacional reformista; por eso encontramos el texto de este artículo demasiado vago. La enmienda propuesta por Belinsky en la Conferencia de Berlín expresa mejor nuestro pensamiento. Esta es igualmente la opinión de los representantes de los Shop-SteWards de Inglaterra y de la minoría de la C. G. T. francesa.

La dictadura del proletariado

También se discutió extensamente sobre la dictadura del proletariado. El segundo día de la Conferencia, los dos camaradas franceses declararon que la minoría de los minoritarios cegetistas (C.G.T.), en la que se encontraban muchos anarquistas, la aceptaban. «Aceptamos la dictadura — dijeron —, porque somos revolucionarios, y todos aquellos que deseen sostener una lucha impiacable contra la dictadura capitalista tendrán que aceptar la dictadura del proletariado en el perído de transición.» En cuanto a los representantes de los I. W. W., Hardy, pidió a la Conferencia que se pronunciara en favor de la dictadura del proletariado, por la cual hacen los miembros de su organización una tenaz y constante propaganda.

Apoyaron esta proposición: Belinsky (Rusia), Tanner (Inglaterra), Barker (Argentina) y el autor de este artículo. Al contrario, los delegados alemanes y suecos la combatieron vivamente. El principal argumento era que no estaban maduros los tiempos para la dictadura. «Aceptamos la dictadura de los obreros — dijo Rocker—; pero nos oponemos a la dictadura y la violencia del Estado.» Cuando más — añadió—, la dictadura es un medio de la burguesía que data del tiempo de la gran Revolución francesa, cuando los jacobinos, el partido de la pequeña burguesía, la aplicaban. «Más tarde fué objeto de discusión entre Marx y Bakunin, y nosotros, sindicalistas alemanes, nos colocamos en el punto de vista de Bakunin.»

Leverin, de Suecia, sostuvo el mismo punto de vista anarquista contra la dictadura, porque la palabra dictadura supone la fuerza organizada por el Estado. Los delegados alemanes propusieron a la conferencia que se pronunciara por la Revolución social, en lugar de hacerlo por la dictadura.

Belinsky declaró con razón, que agitar las palabras «Revolución social», era pura fraseología. Y tanto más se podía decir esto, cuanto que recientemente en Londres los directores dé la Internacional de Amsterdam hicieron adoptar pomposas resoluciones en que también se hablaba de «Revolución social y Lucha de clases». Pero estas palabras no valen nada por sí mismas cuando no se añade cómo se quiere llegar a la Revolución social.

Salta inmediatamente a la vista que no pasaremos de un solo golpe de la sociedad capitalista a la sociedad comunista. Entre los dos habrá un período de transición, durante el cual será necesario la dictadura del proletariado.

Quién no acepta la dictadura del proletariado es de hecho un reformista, pues demuestra así que, según sus concepciones, hay que llegar al comunismo por la democracia, como los social-demócratas reformistas y los demócratas burgueses aconsejan a los trabajadores. Y no debe extrañarse de esta «aproximación», pues está de acuerdo con la prensa burguesa, cuando dice a sus lectores que la dictadura de un partido es funesta, cosa que no existe en realidad. Esta misma prensa burguesa encontraba excelente la dictadura de Noske porque fué ejercida contra el proletariado alemán en revuelta y en provecho de la burguesía. La dictadura del proletariado significa precisamente lo contrario. Los delegados alemanes y suecos y el camarada Barker, de la Argentina, decían: «La dictadura es buena cuando la realizan los mismos obreros, «por medio — indudablemente lo entenderán así — del movimiento sindical». Pero si la organización sindical, la de Suecia, por ejemplo, debe ejercer la dictadura, ¿no será también la dictadura de una minoría?

Y el movimiento sindical ruso, con sus seis o siete millones de miembros en una población de cien millones de habitantes, no és también una pequeña minoría? Por eso también hace falta en el período de dictadura una organización muy extensa.

Dictadura del proletariado significa sencillamente dictadura ejercida «contra la burguesía». Se hizo notar en la Conferencia de Berlín, y nosotros también lo hacemos en este artículo, que aquellos que se pronuncian contra la dictadura del proletariado no proponen otro medio para pasar de la sociedad capitalista a la sociedad comunista. «No están los tiempos maduros para la dictadura del proletariado»—decía Rocker—. Es un argumento audaz, con el cual se propaga realmente la idea de que el proletariado no tiene capacidad para realizar el comunismo por medio de su dictadura. Pero se olvida con demasiada facilidad que los trabajadores, bajo la dominación capitalista, «no estarán capacitados jamás», para el comunismo, si se entiende por tal capacidad que tomen parte en un bloque y con plena conciencia en la Revolución social. Diciendo que el proletariado no esta capacitado aún, se les señala a los obreros un plazo para toda la aternidad.

¿Y qué nos importa saber quién ha sido el primero en la historia que la ha aplicado? Que la dictadura sea un medio de la burguesía, que los jacobinos hayan sido los primeros en ejercerla, o que Marx fuese partidario de ella y Bakunin enemigo, todo esto carece de importancia.

Nosotros vivimos en 1921. Sin duda, Marx y Bakunin han dicho hace sesenta años muchas cosas que todavía hoy son muy justas en 1921, pues ellos vivían en otras condiciones sociales.

Lo que debemos saber sobre todo, es que las circunstancias actuales nos colocan ante el hecho de que el proletariado debe tener el coraje de tomar el Poder. El momento en que esto sucederá no podemos precisarlo nosotros; el desenvolvimiento histórico lo determinará. Decir que se está contra la dictadura y la violencia del Estado, es confesar que se carece de valor para aceptar la consecuencia lógica de la lucha revolucionaria de la clase obrera.

En efecto, es históricamente cierto que la clase capitalista no cederá benévolamente su poder y que se opondrá por la violencia a que los obreros se apoderen de las fábricas y los campesinos de las tierras para realizar el comunismo. Por el contrario, el capitalismo y todo su ejército de defensores, comprendiendo buen número de obreros inconscientes, excitados contra su propia clase por los medios más refinados se opondrán a toda acción comunista.

En tal situación, es decir, en un período revolucionario, no nos salvarán las divagaciones filosóficas sobre el Estado y la libertad. Entonces hará falta un cuerpo coherente y que representará la fuerza del proletariado y que la manifestará por la violencia, si es necesario.

Y cuando en situación semejante, no solamente la burguesía contrarrevolucionaria se alce contra el proletariado, sino que un gran número de individuos intente aprovecharse de las circunstancias para satisfacer sus aspiraciones arribistas, es indudable que será necesaria una dictadura violenta, sobre todo al principio.

En realidad, en Berlín, nadie se pronunció abiertamente contra la dictadura del proletariado.

Belinsky, Tanner, Hardy, Godonnéche y el autor de este artículo se pronunciaron por la dictadura. Rocker también declaró: La dictadura de los trabajadores es buena; sólo tememos la dictadura de unos cuantos jefes». Los pocos camaradas que expresan este temor demuestran tener una estrecha concepción sindicalista; para ellos, la lucha del proletariado se detiene en la acción de los sindicatos.

Desde este punto de vista sindicalista, la verdadera dictadura es la dictadura del proletariado ejercida desde abajo. ¡Cómo si la dictadura de unos cuantos líderes sindicalistas conservadores no presentara ningún peligro!

Yo mismo trabajo en el movimiento sindical desde hace diez y ocho años, haciendo de líder desde hace doce. Mi experiencia me ha demostrado que el trabajo corporativo y oportunista conduce indefectiblemente al reformismo. No es de extrañar, pues, que algunos líderes se abandonen por completo a este trabajo corporativo, perdiendo de vista la gran lucha social, aunque en el período actual no se pueda ni aun conseguir una reivindicación limtada.

Queremos que se nos comprenda bien. No atacamos personalmente a nadie; nos limitamos a hacer constar un hecho, a saber: que los líderes sindicalistas, aún los mejores revolucionarios, se abandonan completamente a una labor oportunista. Y en este punto preguntamos si no sería tan peligrosa una dictadura de algunos jefes sindicalistas como la dictadura de algunos jefes políticos. Por esta razón no aceptamos nosotros ni una ni otra. Lo que nos importa es que tenemos que vencer a la burguesía y que esto no es posible sin una dictadura transitoria del proletariado.

Esta no puede ser ni la dictadura de un Partido ni la de los Sindicatos, sino la de la organización del trabajo en el sentido más amplio.

Se puede sustituir «dictadura del proletariado» por «poder de la clase obrera». En este sentido se tomó en Berlín una decisión. Es una mera discusión de palabras. Mejor se haría, sin embargo, en este período de descomposición del capitalismo y de exaltación progresiva de la lucha de clases, concediendo menos importancia a las palabras y más atención a la lucha revolucionaria emprendida para la destrucción del capitalismo. Que los sindicalistas alemanes, sobre todo, reflexionen en esto en lugar de inculcar a los trabajadores el temor a la dictadura.

—

Hemos expuesto nuestra opinión sobre las importantes cuestiones que sirvieron de base a las discusiones de la Conferencia de Berlín y que constarán en el orden del día del Congreso de Moscú.

Nos hemos colocado en el punto de vista del movimiento sindicalista independiente de Holanda.

El lector observará que sobre muchos puntos existen divergencias de criterio entre nosotros y la Internacional Sindical Roja. Estas divergencias existen igualmente entre las centrales sindicales revolucionarias de otros países. La cuestión es saber si los movimientos sindicalistas revolucionarios de distintos países llegarán a un acuerdo con Moscú. Yo creo que sí. Mas para esto no debemos ir a Moscú con la intención de buscar y ahondar nuestras divergencias, sino con la firme voluntad de trabajar seriamente por la fundación de una Internacional Sindical Roja.

E. BOUWMAN.

Trozos escogidos

Del tiempo en que las cosas hablaban y tenían alma, se narra la siguiente historia:

Disputaban los peldaños de una escalera portátil, y los superiores, decíanle con arrogancia, a los inferiores:

—No os hagáis ilusiones: no sois nuestros iguales... Vosotros os encontráis en el fango, mientras nosotros dominamos el espacio... La jerarquía de los escalones ha existido siempre: fué introducida por la naturaleza y consagrada por el tiempo. Ella es legítima e inmutable. Es pues inútil que os agitéis, desesperando por alcanzar nuestro rango. No lo conseguiréis nunca.

Un filósofo que, en ese instante, discurría por aquellos lugares, escuchó sin querer, la charla enfática de los escalones superiores. Sonrió. Y, sonriendo, se acercó a la escalera, la tomó en sus manos y puso arriba lo que estaba abajo.

Enrique Heine.

—

No quería Cristo que los suyos atesoraran riquezas. "No es posible, les decía, que sirvais a Dios y al dinero, por que tendreis el corazón donde el tesoro". Y aquí el que de más cristiano se precia, atesora y atesora, sin ver nunca harta su codicia. Aún a costa de general pobreza, aún a costa de la ruina de la Patria amontonan aquí inmensos caudales hombres que se dicen siervos de Cristo. El afán de enriquecerse es general, y se sacrifica por conseguirlo, descanso y honra. ¿Dónde está el cristianismo? ¿Dónde los cristianos? Aborreció Cristo la hipocresía, y no quiso que los suyos pregonasen sus limosnas ni orasen en público, ni hiciesen largas preces, ni manifestasen en el rostro los ayunos ni jurasen. Se nos exije a cada paso que juremos, se ora públicamente, se ensartan preces sobre preces y se hace ostentación y gala, de lo poco que dan los ricos sobre lo que a los menesterosos usurparon. La moral cristiana no existe, no existe sino la superstición cristiana. Si Cristo volviera, encontraría en sus creyentes a los escribas y fariseos de su tiempo, y a latigazos arrojaría de sus templos a los que los han convertido de casas de oración en cuevas de ladrones.

Francisco Pí y Margall.

—

Dejad a los hombres la libertad de formar pensamientos y de comunicárselos, ya veréis triunfar la libertad, desaparecer las preocupaciones y morir el despotismo. Sin esa libertad social, no hay buena constitución posible; si un individuo verdaderamente amante de la sociedad y de razón superior se ve privado del derecho de decir a sus consocios que tal traidor los engaña con sus latrocinios, las preocupaciones no morirán jamás y los abusos renacerán siempre.

Todo es lícito para despertar al pueblo de su funesto letargo, volverlo al sentimiento de sus derechos, e inspirarle el valor para defenderlos; no se es faccioso cuando se grita por los intereses sociales. Por último, por vehemente que se sea, no hay escritor incendario cuando se dirige a un público por la voz de la imprenta, porque el escritor solo es la autoridad de la razón: si disparata, peor para él; si tiene razón, será aplaudido; si persuade, quedará justificado.

Cállense los que opinan por el encadenamiento de la prensa, por temor de que algún escritor descubra que son ladrones, quebrados fraudulentos u otras cosas peores; esos no sirven más que para vejetar con los tiranos y los cobardes y no para gozar y convivir con hombres valerosos y libres.

Marat.
